

Subjetividad en la escena analítica Apariencias, superficialidad y complejidad

*Myrta Casas de Pereda**

*“El lenguaje del hombre, ese instrumento de su mentira está
atravesado de parte a parte por el problema de su verdad”*

Lacan 1946

De la Apariencia y la Imagen

La apariencia es siempre un cúmulo incesante de sentidos. Y si bien debe alguna moneda a la verdad, que en parte vela, está mucho más articulada o dependiente del placer que suscita, de allí que sea mucho más redituable en sí misma.

Es de todos conocido el hecho de que el velo, la cortina, en su función de ocultamiento revela de algún modo lo escondido. Es que al estar presente dicho velo, lo que se encuentra más allá como lo ignorado tiende a realizarse como imagen y ella revela lo que falta.

“*Sobre el velo se dibuja la imagen*” señalaba Lacan, (1956-57, p.157) y es allí y al mismo tiempo donde se proyecta y se imagina la ausencia.

No olvidemos el carácter fundacional que tiene la presencia sobre fondo de ausencia o la ausencia en la presencia para toda tarea de subjetivación. El *fort-da* constituye a través de todos los juegos de presencia–ausencia de la infancia el trasfondo de decepción-

* *Miembro Titular de A.P.U. Rivera 2516 - Montevideo. E-mail: mcasas@uyweb.com.uy*

nante del orden simbólico (Lacan, 1956-57 p.185). Es la consistente tarea de ilusión que integra el registro de la frustración.

También la apariencia que en parte sostiene la superficialidad, pues está íntimamente asociada a ella, es deudora del lenguaje, como toda producción humana, y es solidaria de las vertientes icónicas e indiciales de la simbolización¹, dada la preeminencia de la imagen. El anudamiento simbólico, las articula y, puede quedar aplastado o la apariencia soltada de sus amarras simbólicas, cuando la imagen coagula la idea de ausencia y se produce una proliferación de *primeridades* o *segundidades*² que no conducen necesariamente a ningún lado más que a una vana repetición de posibilidades.

Esto último, lo ‘posible’, la pura sensación o cualidad que definen el concepto de ícono (en la perspectiva semiótica peirceana), fascina, captura, pues anticipa innúmeros sentidos que, cual caleidoscopio pueden armar diversidades siempre ilusorias. Se soslaya todo esfuerzo abductivo, prevalece la inducción.

La noción de lenguaje trasciende la palabra articulada y en la conceptualización del significante psicoanalítico resulta imprescindible hacer ingresar lo que de la dimensión inconsciente del cuerpo erógeno alcanza ser expresado, demostrado. De ello deriva la inquietud de caracterizar el significante para el psicoanálisis con perfiles icónicos, indiciales y simbólicos tomados de la semiótica de Peirce.

Con ello, con la extensión del concepto de significante, señalo que el perfil *icónico*, por ejemplo, que consiste tanto en una **imagen** como en una **sensación** o un instante de tiempo, abre a la **posibilidad** de una experiencia donde el deseo inconsciente del Otro deja su impronta. Y es el perfil *indicial* del significante el que atestigua de la cualidad de la experiencia constituyendo escritura inconsciente, *símbolo*, simbolización.

Todo ello contribuye a reconocer en la palabra articulada, así

1 Ver los desarrollos acerca del significante psicoanalítico, con la inclusión de elementos de la semiótica de Peirce junto al performativo y los niveles ilocutorios y perlocutorios de la lingüística de Austin en M. Casas de Pereda (1999), (2001), (2002), (2004).

2 idem

como en el gesto o la voz, significantes o elementos con valor significativo que señalan a un sujeto de deseo inconciente emergiendo cada vez.

“En la escena analítica, la imagen, unida a la experiencia con el objeto, anuda la materialidad de lo sensorial al efecto de escritura inconsciente”. (M. Casas de Pereda, 1999, p. 238)

La palabra es parte del lenguaje que por cierto lo define, y al decir de Lacan, su función *“consiste en ser la única forma de acción que se plantea como verdad”* (Lacan, 1971-72).

Pero necesitamos ampliar su dimensión simbólica, reconociendo en los distintos perfiles del lenguaje ilocutorio y perlocutorio (Austin, 1982) la impronta del acto de palabra, es decir la fuerza del performativo, que realza elementos icónicos e indiciales del significativo (M. Casas de Pereda 1999, 2001, 2002, 2002-a).

El arte y la cultura en sus diversas manifestaciones, teatro, poesía, lírica, artes visuales, etc. se han ido adueñando y afirmando en estos perfiles significantes.

Lo sensible de la pulsión, escribiendo nuestras marcas psíquicas se hace presente en el discurso, desde donde reconocemos la diversidad de daños acontecidos-aconteciendo.

Lo sintomático de nuestra estructura, que siempre reclama su persistencia (el beneficio del síntoma, como señalara Freud, o el goce en el síntoma, como lo señala Lacan), ofrecen resistencia a la vez que se muestran convocando el reconocimiento de su sufrimiento por parte del otro-Otro.

Sin embargo, la resistencia ofrecida estructuralmente por la desmentida (de la castración y la muerte), prevalece en gran medida en nuestra actualidad como desmentida patogénica, promoviendo la objetivación de cierta banalización que integra la idea de superficialidad.

De la Imagen y su incidencia en los cambios socio-culturales

Entiendo que los cambios sociales determinantes del espacio-tiempo contemporáneo hacen surgir nuevos paradigmas que

resultan enriquecedores para pensar al mismo tiempo los cambios en la subjetivación. Es interesante poner en paralelo reevaluaciones de determinadas nociones que definían momentos anteriores de la cultura, las ciencias y la terapia. Así Dora Fried Schnitman (1994) se introduce en los cambios de nuestra contemporaneidad y permite ver la convergencia de pensadores como Prigogine, Vattimo, Derrida, Morin. Dicha autora señala que *“existe una conciencia creciente del papel constructivo del desorden, de la no linealidad”*, así como *“el sujeto, el tiempo, la historicidad, tienen una participación sustantiva en la ciencia contemporánea”*.

En el momento presente el caos, el desorden y la crisis se conceptualizan como información compleja y no como ausencia de orden. Los textos de Prigogine iluminan la dialéctica entre orden y desorden.

En estos cambios de paradigmas (E. Morin, 1994, 1990) hay un acontecimiento de fuerte raigambre como el que constituye la preeminencia de la imagen y que, desde luego, ha promovido muchas escrituras al respecto (Baudrillard, Lipovetsky, Lacan, entre otros).

La impronta de la imagen en los cambios socioculturales de nuestra contemporaneidad es la que nos conduce directamente a la noción de apariencia con que comenzaba estas reflexiones.

Insisto en esta noción, pues como lo señala S. Zizek (2003) *“Lo que se oculta tras la apariencia es la posibilidad de la ilusión”*. Y la ilusión resulta un elemento ineludible en la estructuración subjetiva, indispensable en la constitución de lo imaginario sostenido por lo simbólico.

La imagen nos pertenece de un modo insoslayable pues determina en gran medida nuestra función yoica unida a la peripecia identificatoria. Hace ya muchos años Lacan (1946) en sus primeros escritos señalaba, como elemento fundante de la causalidad psíquica, la función de la *imago*. *“Causalidades psíquicas”* y *“la estructura fundamental de la locura”*, se reúnen en torno a la alienación primordial en la imagen, propia y ajena, en lo especular. Ello da cuenta tanto *“del sacrificio primitivo y suicida que marca para siempre una cara del narcisismo”*, así como su

impronta estructuradora que es a su vez inseparable de lo anterior (narcisismo y agresividad son consustanciales.)

La imagen que nos forma también nos informa en el trabajo de subjetivación, pues allí se instala toda la peripecia identificatoria.

En este texto temprano aprehendemos de los alcances de dicha función en la aprehensión *“de un acontecimiento, de una impresión, o la organización mediante una idea (...) como forma intuitiva del objeto”*. (Ibid)

Todo ello permite no solo inteligir numerosos acontecimientos representacionales fantasmáticos, sino también reconocer la ineludible impronta de la imagen en toda vivencia de ilusión.

A su vez nos permite entender la constitución y fuerza de lo imaginario que deriva de todo ello y acompañamos a Lacan en la frase que elegimos para el epígrafe de este texto: *“El lenguaje del hombre, ese instrumento de su mentira, está atravesado de parte a parte por el problema de su verdad”*. (Ibid)

Es que la palabra, por emerger de un sujeto dividido no puede colmar nunca sentidos absolutos y revela en sus diversos encadenamientos un trozo de realidad psíquica.

La estrecha relación de la imagen con lo pulsional, la pulsión escópica (que Lacan reúne con la voz como pulsión invocante, y que agrega a lo oral y lo anal), nos conduce a inteligir ese cierto soltado de amarras simbólicas que se objetiviza en las exuberancias y bizarrerías de la moda, en proyectos de antemano reconocidos como inviábiles, inusables, pero que se acumulan y se exhiben en una suerte de competencia infinitizante e inefable para provocar el goce de la mirada. Goce de un voyeurismo- exhibicionismo bajo la tutela o la excusa de lo estético, que sin duda rompe en determinado momento con lo ético.

Otro tanto acontece con el goce del horror, desencadenado, promovido por los medios audiovisuales, mostrando las caras más siniestras de la muerte, la matanza del hombre por el hombre en pleno curso de realización. También la degradación del sujeto expuesto a una cámara continua con el único fin de ofrecer un espectáculo circense muy redituable.

La desmesura, el *hybris*, en lo estético o en los medios,

connota el afán de tocar de algún modo una completud inexistente.

En los cambios de paradigma puede darse un deslizamiento hacia la validación, no del caos y el desorden que indudablemente se constituyen en ineludibles en la producción, creación o sublimación (en especial en nuestra praxis con el sujeto del inconsciente), sino hacia la apariencia desgajada del contexto. Ello constituye un elemento privilegiado sobre el que recae la ilusión de productividad emanada del contexto de la que fue aislada. Apariencia, preeminencia de la imagen que converge en un discurso vaciándose (en gerundio) todo el tiempo.

Es probable que el temor y el temblor que provoca la pérdida de paradigmas en relación al orden o la linealidad y la aparición en cambio del asentamiento en la complejidad provoque angustia.

“*El lugar constructivo del desorden entrópico*” que señala Prigogine (Citado por Schnitman, 1994, p.22) deriva en la creación de nuevos órdenes. Pero esta tarea insume un gran esfuerzo.

En nuestra perspectiva psicoanalítica, diría que la conceptualización de la falta (Lacan), o de lo incognoscible (Freud), con el inconsciente sistemático y el ombligo del sueño, de la conceptualización del vacío como espacio de creación (perspectiva estructuralista que entra al psicoanálisis a través de Lacan), sufre, eventualmente, en nuestro contexto epocal, una suerte de cortocircuito que borra -a la falta, al inconsciente, al vacío creador- y lo que subsiste se constituye en un vacío.

La conceptualización lacaniana de los tres registros (que luego serán cuatro) en un anudamiento borromeo ofrece la idea de que cualquiera de ellos soltados de los otros constituyen daño psíquico. Ello apunta a la complejidad de nuestra estructura a la vez que a la simultaneidad de la constitución y pérdida para abarcar la idea de simbolización. Verdadero telescopaje de espacio y tiempo que hablan del funcionamiento inconciente donde el *a posteriori* constituye una herramienta esencial.

La creatividad incesante en el ámbito del diseño industrial, en los proyectos de arquitectura, en los avances de ingeniería tecnológica son logros vitales del ser humano y muchas veces definen las características de cada decenio. Pero en el caso de la

moda, como veíamos recién, su creatividad es también forzosamente incesante por razones de mercado y acompaña los complejos movimientos del sujeto social, pero de tanto en tanto, es tomada *per se* y elevada a categorías idealizadas que entran rápidamente a ser objetos de bienes de consumo, cerrándose allí un círculo estéril. Algo similar sucede con las Corporaciones que reproducen dichos adelantos pero terminan explotando al asalariado que pasa a ser objeto de uso, o dañando al medio-ambiente poniendo en riesgo todo lo que la invención y adelantos tenían como meta.

El cuerpo femenino es moneda de cambio de altísimo nivel en el mercado de la moda del mismo modo que lo es el asesinato o la muerte a pequeña o gran escala (seriales o guerras). La fascinación de la belleza o el horror de la muerte intercambian prioridades. La elación sin límites de posibles (imposibles) complejidades fálicas, tiene siempre lo siniestro como horizonte.

Acontecimientos puntuales que recrean lo que sucede a nivel del intercambio cultural donde se ve proliferar todo lo que convoca la ilusión de un más allá de placer donde el goce y la muerte acechan.

Sin embargo esta dimensión negativa no necesariamente es la prevalente. Creo que en nuestra posmodernidad hay, como lo afirma Schnitman (1994) una convergencia entre ciencia, cultura y terapia, gracias a “*la restitución del sujeto a la ciencia y la restitución de la ciencia a los sujetos*” y agrega que “*La pérdida de la certeza que atraviesa la cultura contemporánea lleva a una nueva conciencia de la ignorancia, de la incertidumbre*” (p.24). El problema se nos plantea cuando esta nueva conciencia de la incertidumbre no logra la función de la creatividad.

Pienso que no debemos confundir *Superficialidad* con una relatividad sin fin, creciente y redundante o, una suerte de múltiples universos de discurso tomados sin consistencia y, finalmente creo que estamos un poco más lejos que antes tanto de la idea negativa del desorden que podría inferirse tanto del pluralismo de ideas y conceptos, como de las exigencias académicas que priorizaban la idea de validación, la cual puede deslizar a la noción de verdad única (aunque resultan insistentes en su retorno). Hay un cambio

importante en torno a la verdad, y no es sólo desde el psicoanálisis que se sustenta la declinación de verdades absolutas que en nuestra praxis apuntan a favor de lo verdadero del sujeto inconsciente donde síntoma, dolor y placer hablan de la verdad, siempre parcial que habita cada ser humano.

No olvidemos que en nuestra estructura subjetiva anida la imposibilidad de ser ‘uno mismo’. La Cosa (*das Ding*) en Freud, o el objeto *a* en Lacan, perdidos en cada circuito de la pulsión son, al decir de S. Žizek (1994, p.170), “*el impedimento intrínseco, el hueso en la garganta, que obstaculiza la realización plena del sujeto*”.

De allí que el propio término de validación pierde la consistencia que ofrecía en ciencias exactas ya que ni la ciencia es exacta ni la verdad es una.

Desde la ciencia, en todas sus perspectivas actuales, “*coexisten teorías alternativas que no necesariamente se validan entre sí*” (Schnitman, 1994, p.26).

Nos alejamos cada vez más de la idea de una verdad única o absoluta, objetiva u objetivable, y ello nos conduce a replantear y sostener una perspectiva ética en el desarrollo de cada disciplina. Caos y desorden no deben ser tomados como metas sino como elementos que integran el pensamiento.

La continua y constante construcción y deconstrucción, el flujo de simbolizaciones y desimbolizaciones, que atañen a todo proceso de estructuración psíquica donde identificaciones y desidentificaciones se articulan en una perspectiva dinámica de producción subjetiva, constituyen un núcleo vivo, móvil, de subjetivación en acto de realización. Y éste sólo cesa con la muerte.

Por otro lado reconocer disoluciones de discursos previos totalizadores, de la ciencia o de la cultura conmueve cimientos y produce inseguridades. Y en este sentido un modo de soslayarlos podría derivar en la llamada superficialidad.

De la Superficialidad habitando la Complejidad

El término superficial es un adjetivo, superficialidad en cambio deviene un sustantivo; sin embargo definirlo no resulta sencillo y creo que sería ingenuo transformarlo en un concepto dado que no resiste en consistencia para integrar una noción o una definición de paradigma.

En el discurso corriente se asimila a frivolidad, a lo insustancial, vano, vanidad y el diccionario de sinónimos y antónimos propone como antónimos hondo, interior, grave, reflexivo.

Me gustaría proponer que la noción de *Superficialidad* resulta de una evitación defensiva de la complejidad.

Esta propuesta abarca dos ámbitos diversos como son el ámbito del discurso en la cultura o en la ciencia y por otro, el ámbito del psicoanálisis.

En la experiencia psicoanalítica la inminencia de la pérdida del objeto, se hace presente en algunos privilegiados momentos como emergencia de angustia y la angustia es lo que no engaña, como afirmó más de una vez Lacan (1978).

Si hay algo de verdadero que emerge en el sujeto que sufre y se analiza, es la angustia. Ella señala la posibilidad de que pueda plasmarse, actualizarse algo de la verdad de lo sintomático que se realiza como repetición y producción transferencial, circunscribiendo (tocando) ese espacio tiempo (mítico-real) de la escritura inconsciente en que se produjo la pérdida de un lado Cosa (represión). Es de la cualidad de dicha pérdida que depende que se constituya como traumático o estructurante. Lo señalo como un elemento esencial de nuestra praxis que nos permite traer a nuestro tema otro perfil.

La apariencia, que veíamos por momentos consustancial a la idea de superficialidad, encierra en si misma la **posible** articulación con un sentido otro que ignoramos (trabajo de la metonimia y la

metáfora). Es precisamente la posibilidad de la puesta en acto transferencial la que ofrece la chance de una experiencia diferente con el objeto que renueve, modifique, transforme la experiencia traumática ya articulada como tal.

Uno de los antónimos en el lenguaje, como recién veíamos, es el de profundidad, y en nuestra praxis no hay más profundidad que la que emerge en el discurso arrastrando formaciones del inconsciente (sueños, lapsus, actos fallidos, síntoma y transferencia).

Sin embargo, la oposición mencionada puede deslizar a una concepción maniquea que, con sesgos éticos, decante prejuicios moralistas. La *Superficialidad* constituye un lado significativo de la complejidad donde no sólo funcionan los opuestos sino que también lo hacen las concordancias, las antinomias y se hacen presentes símbolos que representan ausencias...

Por ello entiendo que pensar la superficialidad como evitación de la complejidad puede resultar fecundo.

Tomemos algunos aportes de Morin (1990, 1994) sobre el pensamiento complejo que iluminan mejor nuestra perspectiva. Analiza un polo empírico y un polo lógico donde situar el concepto y sus efectos. Se trata de un estudio cuidadoso de los cambios ocurridos en nuestra contemporaneidad que incluyen los aportes de las ciencias, de las artes, de las humanidades, y cómo en todas y cada una de las áreas dichos cambios pueden dejar al sujeto expuesto a una extrema vulnerabilidad. Habla de una verdadera revolución de los paradigmas que convoca y a la vez conmueve. Podríamos resumir que de sus desarrollos no se decanta el escepticismo ni la eliminación de lo verdadero, pero sí una salida del dogmatismo de la certeza. Y abre de este modo a la aventura del pensamiento que desde luego camina junto con la incertidumbre.

No se trata de completudes ni del privilegio del caos llevado a sus extremos sino de la posibilidad renovada de un pensamiento que se abra a la humildad del reconocimiento de nuestros límites. Pienso que es profundamente respetuoso de la vida cuando nos señala que no estamos en una batalla final sino en la lucha inicial,

donde debemos trabajar en el azar y la incertidumbre

No es fácil para el ser humano salir de viejos modelos de pensamiento, donde las oposiciones que convocaban la tensión o la violencia de lo contradictorio, ahora puedan resultar complementarias.

Creo que debemos reconocer que el par de opuestos que la superficialidad convocaba tal vez podamos trocarlo por un despliegue de la complejidad.

Entiendo que esta propuesta de articulación permite soslayar un binarismo esterilizante (superficial-profundo) y a la vez ilusorio. Mantenernos en dicha dialéctica implicaría estar separando, al mejor estilo del siglo anterior, aislando objetos para su estudio, todo lo cual estaba orientado a simplificar, aclarar, sistematizar...

Creo que hemos avanzado desde entonces y podemos reconocer que el desorden *“no sólo existe sino que de hecho desempeña un papel productor en el universo”* (Ibid). Tomar el desorden y la incertidumbre, entonces, como tarea que nos compete, connota el cambio de paradigma que nos atraviesa.

Tomemos como ejemplo la idea del amor que también trabaja Morin en otra obra (1997 p.25), para pensar de qué modo se articulan sentidos a veces opuesto o contradictorios, y cómo desde una compleja red de elementos se decanta algo altamente significativo y organizador.

Retomo algunas de sus líneas cuando dice que *“el amor nace en la separación... la unión en la separación, la separación en la unión”*.

También señala que *“el amor al mismo tiempo procede de la palabra y precede a la palabra”*, y además, *“es en la palabra que se expresan a la vez la verdad, la ilusión, la mentira que puede envolver o constituir el amor”*.(Ibid).

El amor se vuelve demanda, se actualiza cada vez en goce y/ o frustración, se juega en la prohibición a través de la transgresión (el deseo), que se subsume en dos pilares de la subjetividad como son la muerte y el incesto, y se jerarquiza desde todas las paradojas mencionadas logrando prevalecer sobre el odio, cuando da cuenta de la sublimación.

Verdadero meollo conceptual en la base de todos los mecanismos defensivos que tienen la sustitución como efecto.

Somos complejos en nuestra subjetividad y nos nutrimos de las paradojas. Por eso pienso que ser superficial constituye un modo defensivo de vivir la muerte. Podría tratarse de una pertinaz modalidad de nuestra contemporaneidad que exhala dolor ante cambios catastróficos soltados de amarras.

Sin embargo, pienso que siempre hubo un lado sintomático, con diversas expresiones a través de la historia, que denota la dificultad del ser humano para enfrentar la incertidumbre o la muerte.

A este respecto resultan pertinentes algunas reflexiones de S. Zizek. Así en su interesante discusión en torno a la falofanía *versus* la impronta estructurante del significante fálico, donde nos relata las vicisitudes de estos términos en la historia del postmodernismo y su correlato cinematográfico, plantea que *“la ambigüedad fundamental de la imagen en el postmodernismo es una especie de barrera que permite al sujeto tomar distancia frente a lo Real, protegiéndolo contra su irrupción, aunque su hiperrealismo ‘entremetido’ evoque la náusea de lo Real.”* (Zizek, 1994).

Siempre impregnado de su reconocimiento por la obra de Lacan, agrega: *“lo Real, el núcleo duro que se resiste a la simbolización, coincide con su opuesto, la llamada realidad interna o psíquica”*. (Ibid)

Creo que desde esta perspectiva, la superficialidad remite a un cierto carácter hipomaniaco negador de o distanciador de angustias que implican acercamientos o contactos con lo real que presentifican el conflicto psíquico.

Desde Freud, la realidad psíquica o realidad efectiva, *Wirklichkeit*, nunca coincide con la realidad (*Realitat*) como tal, y es Lacan (1956) quien aporta una llave significativa para entender el término alemán. Dicho término distingue *“en la realidad una función que la lengua francesa no permite aislar correctamente. Se trata de lo que implica de por sí cualquier posibilidad de efecto, de Wirkund”*. Realidad efectiva entonces, que constituye nuestra realidad psíquica, define una decantación de **efectos** (del otro Otro, de lo social que nos circunda y determina).

De allí que toda ilusión de objetividad, de verdad o de realidad, determinan en última instancia un conflicto ético dada la dificultad de basar nuestros actos en una realidad objetiva.

De la genealogía, sus incidencias

Veamos otros elementos para incluir en esta idea de la evitación de lo complejo que surgen de lecturas de Walter Benjamin.

Theodor Adorno en su obra “Perfil de Walter Benjamin” de 1950, (Citado por Giulio Schiavoni, 1989) señalaba lo siguiente: *“lo que Benjamín decía y escribía sonaba como si el pensamiento hiciera suyas las premisas de los libros de fábulas para la infancia –en lugar de rechazarlas con la ignominiosa madurez del adulto- y tan literalmente que hasta el **cumplimiento de lo real entra en los horizontes del conocimiento**”* (subrayado personal).

Walter Benjamin asumía la infancia como una suerte de alegoría de destrucción de la subjetividad y de la realidad burguesa. Al mismo tiempo su placer por las antigüedades, que señalaban tal vez la impronta que sus raíces jugaban en él, estaba orientada -no a dejarlas en el disfrute vano de las posesiones-, sino para descubrir en ellas la atracción que se manifiesta *“en lo que se desvanece”* (Walter Benjamin, 1936 “El narrador”, Citado por G. Schiavoni, 1989).

Con estas palabras Benjamin participaba de la revolución de paradigmas que el psicoanálisis introduce y que en los últimos años se nutre especialmente de todos sus bordes con la cultura.

También entiendo el rescate del legado del pasado como un punto de encrucijada en nuestra contemporaneidad donde el aflojamiento de los límites acontece desde los cambios culturales y sociales, en una arremetida vertiginosa de los cambios como los ocurridos con la gestación y crianza de los hijos, por ej. que se intrincan, al mismo tiempo que arrecian los genocidios filmados en presente, en los estallidos de violencia, terrorismo y muerte.

A ello contribuye también la pérdida de los metarrelatos

totalizadores, que comienza durante la tercera parte del siglo XX y que en parte condicionan la estructura del sujeto psíquico de nuestro tiempo, ya que dichas pérdidas referenciales en la parentalidad empujan a los hijos a no duelar por las pérdidas, sino a renegarlas y con ella, con la desmentida, se reniega de su propia historia.

Recordar pierde vigencia y se sustituye por la repetición del acto...

* El deseo emerge entre necesidad y demanda, en tanto el semejante de la acción específica **responde**. Allí la **indiferencia** en la respuesta o en la no respuesta, tanto en el nivel personal como en el colectivo, tiñe los vínculos humanos y genera efectos que nos interrogan.

* Padres con estructuras neuróticas muy agujereadas, con deflexiones narcisistas experimentadas a lo largo de la vida, enfermándose de lo social que lo circunda, no pueden sino intervenir pesadamente en el proceso de subjetivación de su hijo. Muchas veces habitados por duelos imposibles de elaborar, transcurren en encierros narcisistas que los ponen a distancia de sus hijos. Duelos por pérdidas diversas, de las ideologías por ejemplo, donde éstas estaban ubicadas obturando el lugar del objeto perdido (la Cosa).

* Se trata muchas veces de un existir dolorido y donde el aburrimiento, que disfraza la indiferencia, parece cobrar cada vez mayor espacio vital. Sin contenidos u objetivos a sostener, se instala una vivencia de “vacío transcurrir”, como denominaba Heidegger (Ser y tiempo), al aburrimiento.

* De ese existir dolorido, melancoliforme, la indiferencia objetual señala la profunda herida narcisista infringida. El yo y el objeto sufren esa privación libidinal.

* El trastocamiento de los ideales, su patología bajo forma de idealización, cobra altos precios en la organización subjetiva. Rellena toda posible pérdida, desencadenando espirales de idealización sobre el objeto que volvería “posible” la satisfacción del deseo. Sabemos que la idealización trabaja minando la capacidad de sublimación, y por ello el trabajo de duelo se ve

severamente comprometido.

Se producen obturaciones del espacio simbólico, completudes que desestiman toda pérdida y que se expresan ya sea a través de un objeto real -la droga, por ejemplo- o de un objeto abstracto -la proliferación de religiones que sustituyen ideologías- o el consumo masivo de cursos o terapias breves. Verdadero efecto fetiche en la dinámica estructural.

* Así, por ejemplo, la adicción aparece como un siniestro heredero del objeto idealizado, vuelto alcanzable, palpable, que conduce a la muerte del deseo y del sujeto, pues cortocircuita toda circulación del mismo en el acto adictivo. Un real de goce hecho realidad, donde no hay ley, donde toda prohibición queda desarticulada (represión).

* La indiferencia también señala la intensidad de la desmentida, un no querer saber donde la ley es salteada, evitada: la del reconocimiento y cuidado generacional. La desmentida es, en su esencia, una situación binaria. Esto también forma parte de la violencia del otro. Siempre estamos a merced del otro en nuestra organización, tanto subjetiva y social. Piera Aulagnier ha hecho de estas premisas desarrollos significativos que son para todos conocidos. La violencia se inscribe en un registro simbólico como todo acto creativo. Los avances científicos o tecnológicos son también parte consustancial de la violencia simbólica.

* Pienso que nuestra tarea es discriminar ese pasaje de la violencia al horror o al terror, lo que también adviene desde el otro. Tal vez asistimos a un movimiento que viene desde una primacía de la violencia de la represión, que desembocó en efectos de organización social, donde un polo fue el terrorismo de Estado, a una preeminencia en nuestra contemporaneidad de la violencia de la desmentida, cuyo patologización tiene como punto de horror la indiferencia. Ella da cuenta de fracasos en la función del contacto y, por su intermedio, fallas en los referentes imprescindibles en la organización de la ley.

* La sublimación se ve especialmente comprometida y la creatividad personal entra en menoscabo. La primacía del presente muestra la historización flaqueante. Importa poco el pasado o las

raíces, y el futuro se da por añadidura. La indiferencia es señal fuerte que se organiza en el reflexivo, y deja al sujeto expuesto a la repetición inacabada de las defensas narcisistas, en una estéril repetición de demandas.³ (M. Casas de Pereda, 1999)

En torno a la indiferencia presente en las funciones parentales, que toma la apariencia de superficialidad, es donde ancla la vivencia de vacío o la pregunta que todo ser humano le formula al Otro: *¿Puedes perderme?* (Lacan, 1964, p.220).

Hoy asistimos a una *'victimización universalizada'* como la llama Zizek (2003-b), quien desarrolla ampliamente este concepto.

Para redundar en la idea de la importancia del reconocimiento genealógico en la historicidad subjetiva, recordemos cuánto importan sentimientos referidos a una cierta nostalgia del pasado, sin constituirse en perfiles melancólicos, y que se reúnen con la intensa libidinización del porvenir. Creo que esos dos modos de perfilar pasado y futuro están relativamente aplastados en nuestros tiempos actuales, por eso importa la memoria contra el olvido.

Ello conlleva la producción de un joven atado a dependencias, donde cada vez se aleja más del viejo aforismo goethiano retomado por Freud *"lo que has heredado de tus padres, adquiérello para poseerlo"*.

En Walter Benjamin, se trata entonces de una cierta exaltación del legado del pasado que reclama ser apropiado, un intento fuerte de rescatar índices del pasado para ubicarlos como *"deber del futuro"*, según el decir de Giulio Schiavoni (1989).

Lo marginado de la historia, de los padres, que podría devenir en un elemento de autenticidad es soslayado y este alejamiento de lo propio obstaculiza la subjetivación en tanto ésta concierne a esa sensible ubicación que nos propone Heráclito hace ya 2700 años y que retoma E. Morin: *"vivir de muerte, morir de vida"*.

Las raíces genealógicas aseguran un movimiento de repetición vital donde la pérdida constituye una insoslayable fuente de simbolización y vuelve comprensible el aforismo de Morin, pues

³ Estos párrafos son extraídos del texto *"La noción de contacto. Vigencia y articulaciones. Montaje defensivo. En M. Casas de Pereda 1999.*

alude a lo más creativo de nuestro existir, hasta el destino natural de la muerte, donde sí morimos de vida.

Ese borramiento de la historia propia deja al sujeto colgado de las banalidades mundanas a las que se aferra para seguir velando su historia. Una suerte de círculo siniestro retro-alimentándose.

Lo auténtico que remite a autenticidad, a autentificar, deriva de *authentikos* (Corominas, 1973), donde *authos* orienta hacia autoridad y *authentēs* a dueño. Tal vez en este adueñarse de su propia historia, (aunque esto sea siempre parcial) resida algo de lo auténtico. Especialmente en nuestra contemporaneidad con sus mutaciones civilizatorias. En esta dimensión nos alejamos claramente de la idea de superficialidad.

Es justamente en 'el sin futuro' donde se aplasta pasado, genealogía y presente, donde inciden fuertemente los cambios sociales, con la disminución de fuentes de trabajo, por ejemplo. Allí asistimos a la dilución del sujeto en las ataduras narcisistas de la droga o la violencia social. El sujeto aparece desatado de su historia, y emerge el cuestionamiento acerca de qué manera dichos cambios socioculturales aplastan las funciones parentales.

Creo que Winnicott se adelantaba a estas comprobaciones actuales del dolor psíquico, con las ricas descripciones del sentimiento de futilidad y de vacío.

En su compleja formulación acerca del verdadero y falso self, en algún momento de su obra aparecen más fuertemente ubicados en un sentido de oposición. Entiendo que esta última perspectiva puede deslizar eventualmente a un sesgo moral o ético que no es ubicable en el rigor metapsicológico donde el espesor consistente del discurso en la neurosis es el resultado de una compleja trama donde la pulsión juega su rol esencial y donde nuestras mayores virtudes nacen de la misma estofa que nuestros oprobios.

La tensión entre lo real y lo ideal genera cortocircuitos que recalcan en lo ilusorio. La ilusión que forma parte natural de la subjetividad y que en parte debe su fuerza a quedar siempre entre yo ideal e ideal del yo, constituye un mojón ineludible. Una instancia rica y fermental que surge como zona de creación.

La ilusión solidaria a un mecanismo defensivo, la desmentida

estructural (que no es sino un destino de pulsión) reclama un espacio-tiempo donde ella, la ilusión, y el fantasma, es decir la fuerza de lo imaginario, dominan la escena psíquica.

Ello no implica ningún soldado de amarras simbólicas sino precisamente lo contrario, un consistente anclaje simbólico que atraviesa proveniente del deseo del Otro para que el hijo viva y que además siempre anuda en una pérdida fundadora (lo real).

Ilusión y desilusión constituyen un elemento indispensable en la subjetivación ya que resulta un trabajo sobre el narcisismo que redimensiona el ideal y al mismo tiempo implica elaboración de duelos.

De alguna manera la ilusión se hace presente como contrapartida natural del deseo en la prosecución de la satisfacción, siempre parcial.

En esa prosecución obtenemos los posibles logros que depara la vida, pero es precisamente porque el deseo no se satisface en forma absoluta que se realizan los mencionados logros vitales. La cuota de frustración, que cada paso conlleva, nos fortalece.

Las amarras constituidas por la pulsión y sus destinos (o defensas) es donde se ancla la dimensión del conflicto. La evitación nacida desde la desmentida o desde la transformación en lo contrario estarían presentes en el resultado como modo de existir que designaría la superficialidad.

Logra con ello la distancia con los efectos fallidos de los otros destinos de pulsión, como la represión y la sublimación y compromete el modo de relación objetal.

Se diluyen diques, límites y se corre el riesgo de desembocar en los lados fuertes de la negación y la desmentida que conducen a la desmentida patogénica que da lugar a la instalación del fetiche o las dependencias extremas ya mencionadas.

Creo que lo ilusorio habita la superficialidad y condice con un cierto perfil donde la transgresión es dominante. El deseo es siempre transgresor dado que emerge de una no satisfacción pulsional pero dirige la prosecución del ideal en la medida que represión y sublimación prevalecen sobre la desmentida. Cuando ésta se suelta de amarras, y el deseo parece realizarse en la

fetichización de la imagen, nuestra sociedad se halla en problemas.

Este elemento, la fetichización de la imagen, podría constituir un ingrediente en la superficialidad que, como hemos visto, reclama de diversos parámetros para abarcarla.

La superficialidad sorteada lo efímero (transitorio, precedero). Lo efímero es la vivencia que nos embarga pues en ello reconocemos la muerte. Sentimos un dolorimiento que no iguala nada, no tenemos con qué igualar, comparar. La superficialidad lo evita y transcurre. Se trata sólo de eso, de un transcurrir sin dolor de un tiempo que transcurre, que se deja transcurrir en un espacio que no se deja abarcar y donde lo ilusorio prevalece. Pienso que vale la pena discriminar lo ilusorio de la ilusión, como recién lo señaláramos.

La ilusión, desde Winnicott y Freud, se constituye en un concepto psicoanalítico que se despega del sentido corriente pues enlaza el deseo inconsciente.

Lo ilusorio en cambio, es puro sentido, puro significado. Se vacía de real y de simbólico y el sentido anclado en la imagen, lo imaginario despojado, prevalece (persistencia del yo ideal).

De allí que superficialidad sin lo efímero, sin lo real, que se demuestra y que lo aprehendemos sólo por la angustia que emerge como señal, la superficialidad entonces, es lo que más se aleja de la verdad o de lo verdadero. No me refiero a una suerte de verdad filosófica o verdad absoluta sino a lo que de ella se sostiene en nuestro deseo inconsciente: lo verdadero de cada quien, eso que nos singulariza.

Es por este sesgo que oponemos superficialidad a veces a profundidad, a veces a autenticidad... que suelen ser adjetivos que nombran la complejidad de nuestro ser.

Entiendo que debemos cuidarnos de hipostasiar un concepto por otro en una suerte de oposicionismo reductor, superficialidad por autenticidad, por ejemplo. Creo que más bien debemos abocarnos a pensar los determinantes de nuestros cambios sociales, culturales y políticos que organizan hoy nuestra subjetividad.

“El individualismo estético que puede filtrarse en sabias

elucubraciones es tan riesgoso como seductor y por ello debemos estar atentos a las trampas del narcisismo... como siempre y en cada lugar” (Thomas McCarthy, 1992).

Finalmente, recordemos una cita de Roland Barthes efectuada por Santiago Kovladof.⁴ Aquel en una entrevista periodística, realizada un año antes de su muerte, ante la pregunta acerca de cuál era su mayor ambición, respondió: “*Mi mayor ambición es llegar a ser un hombre del siglo XX*”. El periodista asombrado le pregunta: “*¿No se considera usted eso?*”, y la respuesta fue: “*No es posible ser un hombre del siglo XX para un hombre del siglo XX*”.

La búsqueda exhaustiva de causalidades no hace más que empedrar el terreno de dificultades con la ilusión de encontrar certezas.

No olvidemos que somos participantes de lo que observamos así como de lo que deviene como efectos en lo social, y por lo tanto sólo podemos ser observadores reflexivos y participativos aceptando que nuestras propuestas (también) informan de nuestro compromiso.

Resumen

Subjetividad en la escena analítica.

Apariencias, superficialidad y complejidad

Myrta Casas de Pereda

La imagen está presente en todo proceso de subjetivación a través de las identificaciones, así como en el soltado de sus amarras simbólicas, visibles en los cambios de paradigma en lo social.

La apariencia, inmersa en la noción de superficialidad, deudora del lenguaje como toda producción humana, es solidaria de las vertientes icónicas e indiciales de la simbolización.

⁴ *En la conferencia “Globalización y la Identidad latinoamericana. ¿Integración o Exclusión?” ofrecida en Conferencia Latinoamericana del International Journal of Psychoanalysis, IJPA, Río de Janeiro, 2004.*

En la escena analítica, la imagen, unida a la experiencia con el objeto, anuda la materialidad de lo sensorial al efecto de escritura inconsciente

La desmesura, el *hybris*, en lo estético o en los medios, connota el afán de alcanzar una completud inexistente. Lo ilusorio gana espacio en detrimento de la ilusión. La noción de caos, de pérdida de certezas que atraviesa nuestra cultura, sostiene, en la incertidumbre, muchos elementos que propician vulnerabilidades, pero también sublimación y creatividad. La autora propone que la noción de **superficialidad**, que impregna lo social, resulta en una evitación defensiva de la **complejidad**. Nociones desarrolladas en el texto junto a aportes de Morin, cuyas ideas sobre el amor permiten ejemplificar los elementos paradójales que, desde el psicoanálisis, sostienen la noción de complejidad.

Desde Walter Benjamin, se enfatiza el rescate del legado del pasado que resulta pertinente a nuestro tema, donde la impronta de la **indiferencia** en lo parental y en lo colectivo, interrogan al psicoanálisis.

Summary

Subjectivity in the analytic scene. Appearances, superficiality and complexity.

Myrta Casas de Pereda

The image is present in any process of subjectivization through the identifications and the breaking free of the symbolic moorings, which become visible in the changes of the social paradigms.

Appearance, immerse in the notion of superficiality and in debt with language, like any human production, is closely related to the iconic and indicial aspects of symbolization.

“In the analytic scene, the image, together with the experience with the object, ties together the materiality of the sensorial and the affect of unconscious writing” (M. Casas de Pereda, 1999, p. 238).

Excess, the *hybris*, both in aesthetics and in the media, implies

the desire to somehow reach a non-existent completeness. The illusory gains room at the expense of illusion. The notion of chaos, the loss of certainties which our culture experiences, sustains, in its uncertainty, many elements which can promote vulnerabilities, but also sublimation and creativity. This paper proposes that the notion of *superficiality*, so widespread in our social life, results in a defensive avoidance of *complexity*. These notions are developed in the text together with the contributions by Morin, whose ideas on love exemplify the paradoxical elements that, from the psychoanalytic perspective, support the notion of complexity.

With Walter Benjamin, the paper emphasizes the rescue of the legacy of the past, which becomes pertinent to our subject, where the marks of the indifference both in the parental and collective spheres interrogate psychoanalysis.

**Descriptores: IMAGEN / ILUSION / SUJETO / CAMBIO
 CULTURA**

Descriptores propuestos: SUBJETIVACION

Bibliografía

AUSTIN, J. (1982) *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Buenos Aires, 1982.

BENJAMIN, W. (1936) El narrador en '*Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*'. Editorial Taurus, Madrid, 1998.

CASAS DE PEREDA, M. (1999) 'Juego y simbolización' en '*En el camino de la simbolización, Producción del sujeto psíquico*'. Paidós, Buenos Aires.

_____ (2001) '*El discurso y el método psicoanalítico*'. Presentado en IPAC 2001 Niza. Publicado en RUP 94 (Revista Uruguaya de Psicoanálisis) 2001

_____ (2002) '*El cuerpo en el discurso*'. Presentado en Congreso 'El cuerpo en Psicoanálisis' APU 2002 y Congreso FEPAL 2002,

Montevideo.

_____ (2002-a) '*Metapsicología. Desafíos*'. Presentado en Congreso FEPAL 2002, Foro electrónico. Montevideo.

_____ (2004) '*Introducción al texto El Cuerpo en el discurso*' Presentado en Conferencia Latinoamericana del IJPA, 2004, Río de Janeiro.

COROMINAS, J. (1973) *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Editorial Gredos Madrid, Tercera Edición 1973.

LACAN, J. (1946) Acerca de la causalidad psíquica, en *Escritos I*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 1988.

_____ (1956-57) Seminario 4, *La relación de objeto*. Paidós 1994.

_____ (1971-72) El saber del psicoanalista, Charlas en Saint-Anne. No editado

_____ (1962-63) Seminario 10, *La angustia*. No editado.

_____ (1964) Seminario 11, *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis* Barral Editores, Barcelona 1977.

MC CARTHY, Th. (1992) *Ideales e ilusiones. Reconstrucción y deconstrucción de la teoría crítica contemporánea*. Editorial Tecnos, Madrid 1992.

MORIN, E. (1990) *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa, Barcelona, 2001.

_____ (1994) 'Epistemología de la complejidad' en *Nuevos paradigmas, Cultura y Subjetividad*, Paidós, Buenos Aires.

_____ (1997) *Amor poesía y sabiduría*, Trilce, Montevideo.

SCHIAVONI, G. (1989) "Frente a un mundo de sueños, Walter Benjamín y la enciclopedia mágica de la infancia" en *Walter Benjamín, Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*", Nueva Visión, Buenos Aires, 1989.

SCHNITMAN, D. F. (1994) "Ciencia, cultura y subjetividad" en *Nuevos paradigmas, Cultura y Subjetividad*, Paidós, Buenos Aires.

ZIZEK S. (1994) *¡Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood*, Buenos Aires 1994.

_____ (2003-a) *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, Argentina.

_____ (2003-b) *Las metástasis del goce*. Ed.Paidós Buenos Aires 2003.